

La fragmentación (Metalenguaje de un lenguaje en crisis)

Aníbal Silvio Dragovetsky Altman

Fragmento de lenguaje y lenguaje fragmentado: escorzos siempre inconclusos de un doble circuito periférico-subterráneo que genera la trama (in) significativa de nuestra sociedad, operando témporo-espacialmente en la clausura y apertura de un horizonte siempre otro, en que la semantividad nutre y desborda, achata y consume la totalidad de lo "real".

"Hablar" hoy, en Argentina. Término polisémico por antonomasia¹, implica "asumir" la fragmentación permanente de una peculiar situación lingüística: la que va desde la simple positividad del discurso "oficial"², normatizado, consagrado y sacralizado, hasta el discurso mediatizado por el "pueblo" en su constante lucha por la liberación³.

La fragmentación del lenguaje denuncia un estado de cosas. Fenomeniza un *factum*. Establece distinciones y patentiza en sus bordes siempre ambiguos, permanentemente cambiantes, la trama, a veces manifiesta, otras veces oculta de la disputa-polémica-lucha, entre el "saber" y el "poder".

Vivimos infisionados en y por el *Discurso del Saber*, y sin saberlo somos pequeños científicos inconcientes. Nuestros actos, nuestras vivencias, nuestros deseos, se hallan penetrados de los actos, vivencias y deseos de la logotécnica contemporánea, en cuyas fuentes se alimentan nuestros espíritus y en cuyos espejos se reflejan nuestros rostros. Aún más, nuestra crisis individual y social se desarrolla en esta amplia cadena de significantes que es el Discurso del Saber⁴.

Sin embargo, éste Discurso del Saber también es fragmentario por un doble juego de concurrencias: primero, porque es un saber sin poder, y segundo, porque es un saber imaginario.

Saber sin poder: en tanto y en cuanto la Lógica del Poder (logotecnias imperantes) de los países centrales impone un cierto tipo de discurso (discurso a la vez aceptado en la periferia) que retiene para sí el poder que genera. Esta situación da como resultado una extraña “paradoja”: un lenguaje de saber sin referente, una semántica vacía.

El Discurso del Saber es en última instancia un no-saber impuesto, una manipulación lingüística que “puede” en la dominación colectiva, pero “no puede” en el poder.

Saber imaginario: Al no reconocerse este discurso en su no-poder real deviene imaginario.

Este imaginario opera un doble circuito, que si bien incide en el mismo espacio lingüístico no se implica uno con otro: a) negativo, como marca del no-poder mostrando al Discurso del Saber su propia clausura, su funcionalidad vacía, b) positivo, abriendo un horizonte distinto en la fragmentación, al permitir en el mismo espacio de co-pertenencia la instauración de otro discurso.

El imaginario abre negando el Discurso del Saber, y, simultáneamente afirma la otretad en el *Discurso de la Diferencia*.

Precisemos este “estructurante-desestructurante” del imaginario.

Su bi-funcionalidad opera en el corte puntual donde la fragmentación se torna otra. En un sentido aparente y sólo aparente se puede afirmar la dualidad lingüística producto de la fragmentación.

La presencia emergente y alternante de dos discursos se da sobre un mismo plano lingüístico. Esta línea unitaria que cubre la totalidad del campo “sónico” entrelaza permanentemente las redes significantes y los cortes sucesivos (desestructuración/estructuración) que impone el imaginario tiñendo a su vez de ambigüedad esta alternancia.

En el nivel de la imagen, unidad mínima del imaginario, encontramos entre sus características el poder de repentinización que sacude y resquebraja el sentido, permutándolo por otro.

La imagen es memoria e instantaneidad, olvido y novedad. Siempre la imagen es nueva, pero también antigua. Arrastra en su memoria rastros arcaicos que pone en juego permanentemente, pero al mismo tiempo desnuda los artificios con que la lengua estructura su dominio.

En la imagen perviven mitos, restos fósiles, voces perdidas, gestos olvidados, clausuras y prohibiciones, lenguas del pasado, actos del presente y esquemas tentativos del porvenir.

En la dinámica de la imagen la lengua permanentemente cambia, se degrada, se enriquece, se aliena y se recupera, se transforma.

La imagen es y no es lengua. La lengua es y no es imagen.

Es este permanente juego de olvidos y memorias, de pérdidas y encuentros “intra-trans-lingüístico” que desarrolla la imagen el que permite al imaginario fragmentar allí donde toda fragmentación abre un horizonte de propuestas diferentes.

En el espacio quebrado del Discurso del Saber, el imaginario “imagina” en la imagen una restitución. Esta restitución es *apertura*.

Apertura del pasado en la recuperación de la tradición y la memoria de la imagen.

Apertura del presente al anudar en su presencialización súbita el conflictivo y polémico corte de sentido.

Apertura del futuro al proyectarse en la imagen la instauración del otro polo de la fragmentación el Discurso de la Diferencia.

La fragmentación del lenguaje se fragmenta en un Discurso del Saber y en un Discurso de la Diferencia.

¿Qué expresa ésta Diferencia? La diferencia expresa el “trans-lingüístico” generador de ese otro discurso “imaginario” que sustenta su lingüisticidad en el poder del pueblo.

La contra-posición y la subsistencia temporal de dos discursos en un mismo fragmento del lenguaje no es “valorativa”. No alude a enfrentamientos entre discursos buenos y malos. No se impone tampoco una teleología histórica, una vuelta auroral a una sintaxis desalienada. No se busca de manera “original” la perdida forja de la lengua, en la cual los hombres dicen lo que hoy callan.

En este campo de la fragmentación no hay “fundamento” alguno. Se ha borrado el “cielo inteligible”. Cayeron los “primeros principios”. El armonioso mundo que de Descartes a Hegel (pasando por Kant) había sido constituido por el Sujeto Absoluto (Razón) ha muerto en la indigencia.

Esta muerte indigente de todo aquello que alguna vez se caracterizó como el discurso, asegurándole un marco referencial y una positividad normativa, al fragmentarse se polarizó, y se concentró en el fragmento lingüístico que llamamos Discurso del Saber, pero que en un sentido más amplio se corresponde con la Historia de la Metafísica Occidental.

Desde este polo, y desde su indigencia, se ha transformado en servicial doncella, abonando desde su “razón universal” el campo teórico-categorial, el nuevo horizonte paradigmático del saber: ciencia, informática, cibernética, etc.

Aún más, este fragmento del Discurso del Saber que hoy pregona la “disolución del sujeto”, la muerte del “homo dialecticus”⁵ en su propio lenguaje, la

inclusión del deseo en la Historia de la Razón; este Discurso del Saber que hurga en los límites de su propia cultura, integrando, asimilando, dando espacio nuevo, criticando y re-valorizando, aún permanece cerrado al Discurso de la Diferencia.

El totalitarismo de la universalidad del saber se nutre de la abolición permanente del Discurso de la Diferencia.

El texto actual, el perfil semántico que nuestra sociedad ha puesto entre los límites del Saber y del Poder, es esta babel contemporánea de fragmentación lingüística, desplazada constantemente por el juego pendular que va desde el papel represivo de la lógica, la técnica, la filosofía analítica, hasta la negación, la exclusión, el apartamiento, pero también la inclusión vacía, el desecamiento integrador, la apropiación folklo-frenética de la estética y de los lenguajes generados por el Discurso de la Diferencia.

La constante manipulación de los medios, unida a la negación desde el saber a la fragmentación a la conciencia de su crisis, a la consumación de su historia,⁶ trae como resultado la afirmación de un solo discurso. Discurso este, que hoy abarca en su pretensión universal la totalidad de los espacios posibles.

Para los defensores del Discurso del Saber es como si el tiempo detenido un segundo antes de la dispersión que opera en la fragmentación, pudiera retener en las palabras la uni-semanticidad de las cosas.

En este sueño eterno del positivismo de todos los signos, existe una República Ideal, ausente de polémicas. En ella vale la cortesana diatriba que entre formalismos, inconsistencias y paradigmáticos mundos, habitan (no el habitar heideggeriano sino el mero "uno al lado/sobre el otro") sus fantasmales ciudadanos.

De tanto en tanto, a las puertas de esta ciudadela incorruptible, otras voces de otros ámbitos se arriman, pero como peregrinos de ficción son constantemente excluidos.

Para los portadores del Discurso del Saber, la “voz del pueblo” al igual que la “peste”, jamás franquearán la solidez de sus murallas.

En el plano lingüístico, el Discurso del Saber al postularse como “necesario” transgrede sus propias reglas y opera en lo “real” como ideología.

Es esa ideología la que es usada como “dominio”, no ya en el acotado campo lingüístico, sino en el ilimitado ámbito de lo trans-lingüístico.

Dominio de Dominación: el Discurso del Saber alienado en su propia ideología efectúa ahora el poder.

Desde la ciencia a la ética. Desde la cultura a la vida cotidiana. Las normas son pautadas. El poder del dominio crea sus propios objetos de investigación, realiza sus lenguajes, valora y tematiza el sí y el no, diseña y precisa los límites de lo posible, crea los deseos e impone finalmente la uniformidad.

El Discurso del Saber como ideología es un idiolecto que deriva en “jerga”. Esta jerga es la marca que diferencia los réprobos de los elegidos, los iniciados de los ignorantes.

Una nueva burocracia del conocimiento, eficiente, medida y pulcra campea hoy sobre el viejo sintagma sarmientino: *Civilización o Barbarie*.

Esta ideologización del Discurso del Saber y su sub-producto, la jerga, adquieren en la actualidad una intensidad extrema.

El Discurso del Saber sobredeterminado y acotado por la logística contemporánea apunta a la instauración de un “modelo planetario” del pensar, basado fundamentalmente en el traspaso (traspaso que es a su vez fragmentación en y de la fragmentación) de la tensión del logos como apertura del pensar a la clausura de la reflexión esbozada en la logotecnia.

De este modo la funcionalidad operativa del Discurso del Saber incorpora opciones de alto contenido ideológico y las presenta como categorizaciones “universales” de valor neutro.

Así son degradados de su significatividad explícita e implícita en aras de una supuesta “civilización mundial” problemas tales como: la pérdida del arraigo, la formación de las nacionalidades, la disolución de la cultura nacional, el destino del hombre.

Aún más, en el centro mismo del Discurso del Saber aparece ya en forma clara y contundente el “nihilismo”, estructurado por la transformación de la Metafísica en Cosmovisión, y por la puesta en crisis, en la lucha por el poder, entre los dos polos de esta Cosmovisión: el liberalismo y el marxismo, antagonizados por la posibilidad real del último límite de esta dramática pelea: el Holocausto Nuclear.

La degradación del Discurso del Saber, uniformizado por la masa-media imperante asume hoy una nueva pragmática de la imagen al realizarse como producto de mercado. Así el arte deviene publicidad; la literatura, *best seller*; la poesía, juego y la filosofía cibernética.

Todo aquello que alguna vez diera sentido pleno a la vida se torna impotente y en desuso.

Nuestra época, tal vez más que ninguna otra, se determina por el “hacer” ya no por la “Obra”.⁷

Esta disminución, esta minus-valía de la obra en hacer, es otro de los elementos “intra-translingüísticos” que produce la fragmentación, ya que al romperse la ligazón, el suelo nutricional que daba sustento al obrar, se diseminan, estallan, se dispersan los discursos a los que por el peso de la costumbre (tradicción negativa) todavía nombramos como arte, literatura, filosofía, religión.

Desde una hermenéutica distinta el Discurso de la Diferencia genera sus propios bolsones de resistencia.

El Discurso de la Diferencia parte del trans-lingüístico global que denominamos “pueblo”.

Entendemos “pueblo” no solo como la marca (trazo) primera de toda significatividad, sino también como el “tesoro de la lengua” que despliega el imaginario en la creatividad intransferible de la imagen.

El pueblo forja su lenguaje en una comunidad de origen⁸. Comunidad que se realiza en y por el lenguaje, en y por la historia.

Renunciar al Discurso del Saber, renunciar a la lógica⁹ no es renunciar al rigor del pensar. No es renunciar a conocer. No es renunciar a la ciencia. Por el contrario, es asumir desde lo propio la corporización de lo efectivo del lenguaje que siempre “señala” una doble apertura; como creación y como memoria, expresando en ambos el destino del hombre.

Estar en la apertura del lenguaje es poder de obra: el pensador, el creador, el poeta, el pueblo arraigan en el lenguaje, en la interioridad simple del señalar, de dar nombre, de requerir, de reunir y de expresar. Éstos manifiestan simultáneamente en y por el lenguaje la identidad (re-unión) de su comunidad histórica, la trascendencia de su proyecto, el horizonte de conformidad entre su nombrar y su ser.

El Discurso de la Diferencia no pretende erigirse en paradigma universal, ya que el tipo de análisis propio de este discurso (Discurso del Saber) constituye un peculiar encubrimiento de la singularidad que encierra el lenguaje en su simple señalar: fundar un espacio de apertura al hombre.

El Discurso de la Diferencia rebasa y es rebasado continuamente por la “polisemia”. Ésta no debe ser entendida como categoría lingüístico-dialéctica que

genera en su producción opuestos. La polisemia del Discurso de la Diferencia es un “día-lógico”, un *a través* del lenguaje en su constante búsqueda de la significación.

Esta ambigüedad polisémica se corresponde con ese generador básico del lenguaje que llamamos pueblo.

La polisemia como cantera inagotable de significación no es productora de error.

La tradición del error y su supuesta superación por medio de la búsqueda de un lenguaje unívoco es un “error” sobrellevado pesadamente por la Historia de la Metafísica Occidental. Fue principalmente Aristóteles (aún cuando Platón ya dicotomiza el discurso) a expensas de la topología de la proposición como lugar de la verdad, quien inició esta tradición.

Marca de nacimiento que si bien ha sido transformada, estilizada, simbolizada, axiomatizada denuncia aun su origen en el lenguaje totalizante del Saber.

Además, el problema de la verdad (búsqueda del saber) encubre en la modalidad del saber (modo alienado) el “acontecimiento” (gesto) que subyace en todo discurso de este tipo: la voluntad de poder.

Esta voluntad de poder que es inherente y connatural con la historia fáctica y metafísica de Occidente es la que diseña como pálida cobertura el problema de la verdad (la voluntad de conocer).

Al refugiarse en los pliegues mismos del Discurso del Saber, la Voluntad de Poder opera una semiosis de infinita remisión de los significantes. De esta manera el Discurso del Saber como “gigantomaquia” no puede dar cuenta de la “falta” inicial de éste más allá en y de su discurso.

Volviendo a la polisemia diremos que en la apertura del lenguaje ella diseña el efectivo trazo del Discurso de la Diferencia. Este trazo es una apropiación continua de múltiples cadenas significativas que estructuradas y acotadas dinamizan el campo semántico sin nunca agotarlo.

Así, la polisemia del lenguaje sedimenta la “interpretación” abarcando (abriendo y cerrando) la totalidad de la significación en sus diversas capas.

A modo de “conclusión” de estas notas sobre la fragmentación anotamos una frase que nos hizo meditar sobre lo dicho:

“Tras las escaramuzas del lenguaje se debate la posibilidad de convertir una democracia en tecnocracia. Y después en criptocracia.”¹⁰

Notas

¹ Argentina: País periférico; En vías de desarrollo; Granero del mundo; Crisol de Razas; País que nos merecemos; Semicolonial; Potencia; Dependiente; Nación; Estado.

² Con “discurso oficial” se expresa el sentido más amplio posible que abarca desde las logotecnias del poder estatal hasta las positivities discursivas institucionales, educativas, culturales, etc.; y las que también inciden en los individuos en su trato cotidiano con el habla.

³ Lucha no solo trans-lingüística, sino también operante en el ámbito de la lengua.

⁴ Un ejemplo actual de esto es el presente período denominado de “modernización”. Al respecto, es ilustrativo el siguiente comentario de Octavio Paz en *Corriente Alterna* (Pág. 22) ED. Siglo XXI-México 1967: “Muchos pueblos y civilizaciones se llamaron a sí mismos con el nombre de un dios, una virtud, un destino, una fraternidad: Islam, judíos, nipones, tenochcas, arios, etc. Cada uno de esos nombres es una suerte de piedra de fundación, un pacto con la permanencia. Nuestro tiempo es el único que ha escogido como nombre un adjetivo vacío: Moderno. Como los tiempos modernos están condenados a dejar de serlo, llamarse así equivale a no tener nombre propio”.

⁵ Cf. Michael Foucault- *Historia de la Locura en la Época Clásica* (Tomo II p.330) F.C.E. Breviario N° 191. México 1976.

⁶ Consumación que recoge su esencialidad en el traspaso de la Metafísica Occidental al mundo técnico.

⁷ Tomamos obra en un sentido amplio: los diversos modos de expresar que plasman la verdad de una comunidad histórica.

⁸ Para una mejor, mayor y profunda comprensión del término “comunidad”: Armando R. Poratti “Comunidad, Sociedad, Sistema Mundial” en este número de la *Revista de Filosofía Latinoamericana*.

⁹ Cf. Heidegger - *Carta sobre el Humanismo* (Pág. 101) Ed. Sur Bs. As 1960.

¹⁰ Blasetti Alberto Claudio. *Indeterminación y Lenguaje*. Ed. Pannedille. Bs.As. 1971.